

# Europa: Concepto, Realidad e Historia

RICARDO VERA JIMÉNEZ  
Universidad de Córdoba

## EL FENÓMENO DEL EUROPEÍSMO

Es sabido que la mitología ocupaba un lugar preeminente en la Antigua Grecia. La vida ordinaria griega estaba impregnada de avatares que tenían una importancia sustancial en el campo místico. Los griegos eran proclives a inventar relaciones de todo tipo entre los dioses que conformaban su Olimpo. Establecieron así un complejo orden de filiaciones y parentescos entre sus divinidades. Roma supo y quiso acoger los dioses de Grecia pero, caracterizada por su tremendo pragmatismo, no mantuvo la complicada gama familiar. No existieron problemas para tomar aquellos dioses pero se desprendieron de las invenciones marginales griegas; ello permitió que pudieran cultivar el germen de un humanismo fundamentado que se consolidó tiempo después en un momento cultural harto distinto.

Nuestro discurso retoma la línea de Grecia porque fue la Hélade el principio ideológico básico que ha cimentado Europa. La cultura griega, madre de la Filosofía, hizo surgir pensamientos nobles que aún hoy informan nuestra vida cotidiana.

Europa como continente geográfico es una realidad física, existente con independencia de la voluntad de los hom-

bres. Ahora bien, Europa es una realidad cultural, social, económica, jurídica y política que requiere que los hombres dirijan sus esfuerzos a un destino común. «Nuestra Comunidad no es sólo fruto de la historia y de la necesidad, sino también de la voluntad»<sup>(1)</sup>. Es este punto un tema esencial en la pretensión nuestra de esbozar los trazos generales de lo que la realidad europea signifique.

Zeus, metamorfoseado en un toro, raptó a Europa, hija de Agenor -rey de Fenicia- y hermana de Cadmo, según la mitología. Señalemos este mito como el principio de la identidad que hoy reconocemos. En el fondo la idea de Europa es muy simple y ello la hace compleja. Europa parte de un mito y se convierte en realidad, pero aparentemente siempre está inacabada. El entendimiento de lo que supone el europeísmo es posible desde la comprensión primera y fundamental de ciertos extremos que se complementan y sólo se explican en la unidad. Tomados por separado únicamente darían cabida a una afirmación: la unión es imposible; conjuntamente, mejoran la perspectiva y hacen necesaria la misma.

Se pueden enumerar, pues, cuatro puntos. En primer lugar, Europa es mucho más antigua que sus naciones y corre peligro de extinción por la desunión.

(1) Jacques Delors, presidente de la Comisión Europea de 1985-1994; la pronunció en su discurso en Bruselas, el 17 de octubre de 1989.

(2) Louis Cartou, en *Communautés Européennes, Paris 1981* (La traducción es nuestra)

(3) Señálense, a modo de ejemplo, las discrepancias británicas en torno a las políticas sociales comunitarias, la oposición danesa al Tratado de la Unión Europea provocando la llamada «Europa a la carta», la disposición belga a considerar presos políticos a terroristas de ETA demandados por la justicia española, de una parte; y de otra, el conflicto ruso-checheno, la tensión de Ucrania, el surgimiento en la ex-URSS del nacionalismo exacerbado, la subida de partidos radicales en las democracias comunitarias y la vergonzosa guerra civil en la antigua Yugoslavia.

(4) La búsqueda de la felicidad es uno de los pilares en que se sustenta la positivación de los derechos fundamentales. Thomas Jefferson lo puso de manifiesto en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América, recuperando así las antiguas pretensiones de Aristóteles y Platón en sus conceptos eudemónicos acerca de la ética.

Es un punto de reflexión que entronca básicamente con la historia del continente. La idea de Europa unida es principio de múltiples tesis que han intentado cimentarla sobre la base de hechos que, según tales criterios, evidencian que el deseo de unión es tan antiguo como la existencia de culturas desarrolladas en el continente. Nosotros mantenemos, en cambio, una teoría un tanto diversa a ésta. Entendemos que la realidad de la unión fue posible, y todavía hoy lo requiere, por la confluencia de las voluntades de las personas y los pueblos que componen Europa; es la «Europa de la voluntad». Pero junto a esta llamada Europa de la voluntad, han acaecido distintos acontecimientos que han aproximado las vidas de las gentes y países europeos a lo largo de la Historia; es lo que nosotros llamamos la «Europa material». Puede servir para una mejor conceptualización del fenómeno descrito la argumentación de Cartou cuando habla de la «tradición europea». En este último planteamiento se afirma que la tradición europea viene desde la Antigüedad, «mantenida en Occidente, esta tradición ha hecho de Europa una comunidad de civilización que las divisiones políticas no han podido alterar»<sup>(2)</sup>. En definitiva es a la «comunidad de civilización» de Cartou a la que nos referimos con nuestra «Europa material». Tal idea que ha subsistido en el tiempo está ahora en un cierto peligro por la desunión creciente en los estados europeos. A nuestro juicio, sufrimos ahora una superposición de intereses nacionales frente a los intereses comunes, dentro del arco comunitario, y un resurgimiento de espíritus ultranacionalistas que hacen confundir la coyuntura actual favorable a las uniones y cooperaciones de todo tipo en el mundo con una particularización nacional, radical y agresiva, fuera del sistema institucional comunitario. Ambos hechos fueron causa de conflictos bélicos y hoy día ya han dado lugar a confrontaciones armadas y guerras civiles<sup>(3)</sup>. La solución al problema no tiene visos de facilidad pero, a nuestro entender, pasa necesariamente por dar una vuelta de tuerca más en el proceso de la unión, indicando la prioridad clara y en todo lu-

gar de las políticas comunes sobre las nacionales e invitando a la integración a los países que se encuentran fuera del marco de la Unión Europea en la medida de lo posible.

En segundo lugar, tiene una vocación universalizante. La cultura europea se ha caracterizado por determinar los caminos a seguir en casi todos los campos. Ello fundamenta seriamente la necesidad de políticas nuevas o renovadas en la persecución del bien común y de la felicidad<sup>(4)</sup>. La tarea marca un sendero arduo en la continuación del progreso del mundo y de Europa. El reto no es únicamente exterior sino también interior: la integración de los países del Este se vislumbra como la aventura europea de final de siglo. El requerimiento es vital porque no se podrá ser universal mientras que todos los que hacen Europa no se encuentren en la «Europa de la voluntad».

Seguidamente afirmamos que la Europa unida es una idea aprobada y defendida por las mentes más preclaras de la misma. La constatación histórica es la prueba a nuestra argumentación en el sentido expuesto. Desde los filósofos griegos que, incluso sin intención, formalizaron los presupuestos de la «Europa material» a los proyectos de Garibaldi y Víctor Hugo, muchos políticos, escritores e intelectuales apadrinaron y postularon proyectos de unidad, ideas de unificación que calaron más o menos hondo en el ciudadano y que constituyeron el caldo de cultivo para que en nuestros tiempos fuera posible lo que hoy conocemos como Unión Europea.

Por último, Europa sólo se encuentra construyéndola. En la unión de la voluntad está la solución a los impedimentos que durante siglos existieron para la unidad. La construcción de Europa es un proceso permanente en el tiempo que no puede enmarcarse en tracto único. Debe ser progresiva hasta llegar al punto de la utopía, elaborando a la vez otra que permita avanzar aún

más. Las dificultades que se encuentren serán superadas con la voluntad de los pueblos de Europa de superación de controversias en términos de solidaridad, donde el más grande sirva de guía en los puntos de discusión más amplios y el más pequeño sea la avanzadilla en los pasos más angostos.

El europeísmo es, en definitiva, un movimiento y un pensamiento en favor de la unidad de Europa. La unidad de civilización, la «Europa de la unidad», la construcción de un futuro común de progreso y desarrollo para todos en la firme convicción de que la vía de la unidad es la única posible<sup>(5)</sup>.

## LOS PRIMEROS ACONTECIMIENTOS HISTÓRICOS CIMENTADORES DE LA UNIDAD EUROPEA

Un análisis histórico de lo que ocurrió en Europa desde la Antigüedad a nuestros días podría ser objeto de un profundo estudio de los acontecimientos mismos y de los hechos y circunstancias que los rodearon. Nuestro propósito es más simple, consistiendo en trazar algunas líneas de comprensión de esos acontecimientos con un ánimo orientador y clarificador que no pretende aprehenderse de todos los datos. Ocupará este punto la formación de la unidad desde los inicios grecolatinos hasta las ideas de la Ilustración.

Nuestro trayecto comienza pues por la cultura grecolatina. Roma es el punto de inflexión en la teoría que elaboramos acerca de Europa. La realidad de Europa ha sido la de la división política, pero este hecho no ha impedido que el sustento ideológico, el sustrato de civilización común, se mantuviera intacto<sup>(6)</sup>. Roma supo unir a todos bajo su cultura, la romanización supuso el mayor germen cultural de Occidente, tal y como hoy lo conocemos. Cartou afirma acertadamente que «por la conquista y la romanización del mundo conquistado, Roma ha construido y expandido un tipo

de civilización y de cultura fundada sobre una concepción del hombre, un humanismo que debe lo esencial de su contenido al Helenismo»<sup>(7)</sup>. Este humanismo impregna todo el contenido de la construcción europea. La construcción de Europa mantiene una cierta idea del hombre y del mundo, alrededor de la cual gira. Todo el artificio de la unión es, en definitiva, una creación del hombre puesta a su servicio para un mejor desarrollo de su personalidad.

Desde Roma el impulso humanístico se hace patente y claro y tras el paréntesis que supone la desmembración del imperio por la anárquica embestida germánica, quizás necesaria para la ulterior comprensión de los principios romanísticos desprendidos de los errores de la última etapa crítica del Imperio, aparece la monarquía imperial de Carlomagno. El Sacro Imperio Romano Germánico conjuntó la dureza bélica de las hordas germánicas, esta vez organizadas, y la cultura romana de los mejores tiempos, haciendo posible la reconstrucción de la unidad sobre la base de dos vertientes: el poder temporal del Emperador y el poder espiritual de la Iglesia, verdadero poso de cultura, preludio de la exclusividad de la Edad Media. El hecho es que tal unidad no pudo mantenerse por la incapacidad de los sucesores de Carlomagno y la división en Europa se ha hecho regla hasta nuestros tiempos. Pero a pesar de la ruptura y de la división política que comenzó a imperar, no se pudo terminar con la comunidad de civilización que ya existía, con el sustrato común de los europeos, con la «Europa material». Es más, en nuestra opinión, se acrecentó tal esencia por el período de unión total que acompañó al Imperio.

La Edad Media está marcada por un profundo sentido teocrático. El rey, la caballería y el hombre del pueblo dirigen sus actuaciones en este sentido. Descansa todo en la afirmación de que el mundo es una idea de Dios<sup>(8)</sup>. Es en este ámbito donde la cristiandad arranca con fuerza dando opinión y concep-

(5) De cualquier forma, es importante resaltar que la unidad no puede nunca ser sinónimo de monolitismo. Europa tiene una profunda diversidad cultural que la caracteriza y que constituye parte de su esencia. (vid., a tal efecto, Cartou, *op.cit.*, pág. 28 y ss.).

(6) «Unida por una comunidad de civilización, Europa está políticamente dividida». Cartou, *op. cit.* (La traducción es nuestra).

(7) Cartou, *op. cit.* (La traducción es nuestra).

(8) En este punto, vid. Cartou, *op.cit.*, pág. 14 y ss.

(9) "Así, con el Renacimiento, las dos tradiciones del cristianismo y el paganismo, de la fe y de la razón, se reencuentran y se mezclan en proporciones que varían según los individuos. El europeo moderno es producto de esta síntesis". Carton, *op. cit.* (La traducción es nuestra).

(10) De cualquier forma, y no obstante lo expuesto acerca de la Edad Moderna, nos gustaría reseñar que la transformación intelectual, la renovación, el desarrollo cultural, fue mayor cuanto más amplio el calado de los postulados protestantes. La libre interpretación de la Biblia, la superación de la jerarquía y anulación del Magisterio como depositario único de la verdad divina dieron al hombre alas de libertad que se transmitieron, lógicamente, en todos los aspectos de su vida. Sobre este particular, véase «Renacimiento y Reforma» en *Historia Universal*, Tomo III, coordinado por Concepción Aguilera, Madrid, 1988.

(11) Es cuestión a señalar en este punto la tensión democrática para el tiempo en que nos situamos (1420-1471, reinado de Jorge Podiebrad en Bohemia). Ello demuestra que el movimiento conciliar que, en suma, vino a proponer la secularización del poder político no fue sino la consecuencia de un proceso más amplio conceptual y socialmente, que vertebó el pensamiento político del final de la Edad Media. Como argumento a lo expuesto acerca de la hondura democrática de este proyecto, obsérvese el modo de decisión en la asamblea -por mayoría simple- y la configuración aproximada a la división de poderes entre los órganos propuestos.

to a toda una complejidad de ideas y movimientos de pensamiento que inundan el campo cultural. La unidad de la Edad Media se cimenta en torno al pilar de la cristiandad. Este fenómeno no puede considerarse político, el sistema político es el feudal, pero sí constituye una cierta conjunción de intereses en un propósito común: la unidad de la fe. La división política continúa, mas hay una tensión social que revierte en los gobiernos para procurar la aproximación de los pueblos en orden a la preservación de la fe común. En este contexto existen armonizadas libertades comunes y medios de acción común. Este sistema quiebra por la oposición del Papa y el Emperador entre ambos. La Iglesia pretendió hacer una unión real sobre la base de la Cristiandad, prueba de ello son los *Dictatus Papae* de Gregorio VII, dominando ella misma los temas políticos por su origen divino. El Emperador, por su parte, pretendió dominar también los asuntos religiosos en su jurisdicción territorial, aduciendo el carácter teocrático de su mandato. De esta lucha salen vencedores los pequeños reinos que serán, a partir de entonces, el eje de las políticas en Europa.

Los Tiempos Modernos traen consigo la división religiosa, además de la política. No obstante, la comunidad que Europa conforma en los términos ya expresados no se resquebraja, sigue en pie, añadiendo ahora el matiz de la diversidad, de lo multicultural, que en nuestros días se hace necesario reivindicar. Este proceso constituye una verdadera transformación intelectual. Es nuevamente la dualidad entre la fe y la razón, Dios ya no es el centro de la vida, sino el propio hombre. El antropocentrismo desplaza al teocentrismo y ello tiene consecuencias en todos los campos. El Renacimiento es el inicio de la Europa construida ahora<sup>(9)</sup>. El desarrollo de estas tesis continuará fuertemente hasta el siglo XVIII, e incluso el XIX en ciertos ambientes, y en política surgirán niveles de hegemonía y equilibrio, respectivamente, alternando períodos de guerra y de paz<sup>(10)</sup>.

Señalado el marco histórico en que nos situamos queda reseñar ahora los proyectos concretos que trataron de dar un calado político a la comunidad que hemos visto nacer al futuro en las épocas antes explicadas.

La Edad Media conoció en su fin, cuando el sistema de la Cristiandad fracasó y ascienden en poder los pequeños reinos, el primer proyecto político de Europa. Pierre Dubois propone un sistema para asegurar la paz entre los Estados consistente en un arbitraje internacional donde las diferencias serían resueltas pacíficamente por un concilio de príncipes laicos o eclesiásticos y la Santa Sede se constituiría como instancia de apelación. Las ideas de Dubois no tuvieron ninguna influencia en su tiempo pero inspiraron proyectos posteriores y fueron corregidas y reorientadas por Renan en el siglo XIX.

*Antoine Marin* estableció otro proyecto, basado fundamentalmente en el de Dubois, entregándolo al rey de Bohemia -Jorge Podiebrad-, que lo hizo suyo. Este proyecto contenía instituciones precisas. Se fundaba sobre los principios de no agresión y ayuda mutua entre los Estados. Preveía la creación de una confederación europea, que restara competencias a los Estados, con órganos comunes: la asamblea, la corte de justicia, el consejo federal, el ejército común y un sistema de arbitraje<sup>(11)</sup>. Este proyecto contó con la oposición fuerte del Papado.

El siglo XVI sorprende por su silencio. Probablemente el hombre estaba preocupado por la revolución intelectual que se empeñaba en llevar a cabo y no supo, o no quiso, tener tiempo para pensar en la construcción de un espacio político común a todos los europeos. De cualquier forma, la Europa material era ya suficiente para ellos.

El siglo XVII, en cambio, presenta varias perspectivas nuevas. Emeric Crucé presenta una idea que complementará el sistema de preservación de la paz.

Su pretensión es asegurar la paz pero no exclusivamente por sí misma sino por las ventajas que ello reportaría a la economía y al intercambio. Propuso que una asamblea, con sede en Venecia, se reuniera estando conformada por representantes de los países de la Cristianidad y también del resto del mundo.

En el mismo siglo, Sully atribuye a Enrique IV el proyecto de remodelación de Europa consistente en crear quince Estados equilibrados entre sí, asegurando la paz. Los Estados de esta Europa nueva se reunirían en "consejos provinciales" que contribuirían al desarrollo de la paz total. El respeto a las decisiones del consejo se garantizaría por un ejército común, financiado por todos<sup>(12)</sup>.

*William Penn* llama en un ensayo a la creación de una Dieta europea que agrupara a los representantes de los países del continente, asegurando la paz mediante unas fuerzas armadas comunes.

Leibniz concibe Europa de una manera total, no en función de la conquista definitiva de la paz. En su filosofía, el mundo separado y dividido debe tender hacia la unidad si pretende procurarse el desarrollo. La unificación es, por tanto, una necesidad y Europa no se exceptúa en estas formas necesarias y vitales de unión.

El siglo XVIII, finalmente, es relativamente pobre en este tipo de teorías. Es conocida sólo la del abad de Saint-Pierre que propuso cinco puntos para la paz total: alianza perpetua de los soberanos, creación de un Senado europeo, contribución económica de los Estados a la alianza, intervención colectiva contra quien incumpliera el pacto, revisión del pacto con la regla de la mayoría -salvo los cinco puntos fundamentales, para los cuales se requeriría la unanimidad-. El Senado asumía poderes legislativos y judiciales. Era éste un proyecto simple y, tal vez, poco elaborado que se ganó la crítica del padre de la teoría democrática pura, Jean-Jacques Rousseau.

Al fin, nuestro recorrido nos ha mostrado cómo en el campo político la preocupación fundamental es la paz. En nuestra opinión, es un hecho que descansa en la repetida concepción del hombre que sustenta el mundo europeo. Sin esta concepción carecería de explicación lógica la aproximación involuntaria en el ámbito de la Europa material, y no habría presupuesto fuerte para una Europa formal con garantías<sup>(13)</sup>.

## LA LLAMADA «CONCIENCIA EUROPEA»

Europa es una idea en desarrollo constante. A lo largo de los tiempos, incluso los más remotos, ha demostrado su capacidad de adaptación a las circunstancias del momento y desarrollado formas que intentaban simplificar las complicadas situaciones que se daban en la política y sociedad continental. Todo el abanico de postulados que sirvieron para establecer los criterios que informaran estos hechos se resumían, encontraban su esencia, en una especial configuración filosófica, en un concreto entendimiento de las ideas, en un singular modo de pensar. Ello es lo que constituye básicamente el estilo europeo, la trasmisión de la cultura -en el más extenso sentido del término- del europeo a todos los avatares cotidianos que, obviamente, nutren las fuentes de que se beberá en el futuro. Si fuera posible realizar un sumatorio infinito de todas las ideas que acerca de Europa existen y han existido, descubriríamos, sin lugar a dudas lo que Europa es. Si fuera factible elaborar lo mismo con la conciencia de cada uno sobre Europa, encontraríamos entonces la propia conciencia europea, la visión de Europa.

La persona tiene conciencia de lo que es cuando se reconoce a sí misma y frente a los demás. Igualmente ocurre con los Estados, las organizaciones y demás entes dotados del más mínimo poder. La soberanía es de cada persona en concreto pero, llegado un punto, ésta decide ponerla en común con la de los demás

(12) Las sedes importantes se localizaron en Dantzig, para el Nordeste; en Nüremberg, para los reinos alemanes; en Viena para el Este; y en Bolonia para los estados itálicos. Existían otras sedes de menos importancia. Sobre este punto, véase ROUGEMONT, Denis de, en «Vingt-huit siècles d'Europe», París, 1961.

(13) Sobre todos los precursores y proyectos tratados en este punto, *vid.* Cartou, *op.cit.* y también de Rougemont, *op.cit.*

(14) Sobre este particular existen múltiples teorías sobre la construcción del Estado, y sus respectivas críticas. Aquí, hemos acogido la teoría de Rousseau en «El Contrato Social», representante del optimismo antropológico. Contrapóngase a la misma la teoría de Hobbes en «El Leviathan», basada en el pesimismo antropológico.

uniéndose todas en abstracto para crear un ente que tendrá la mejor de las voluntades posibles<sup>(14)</sup>. El ente con poder es, consiguientemente, un artificio, una creación humana y, como no podría ser de otro modo, se asemeja a su creador. Esto nos lleva a que la Europa de la voluntad, a que nos venimos refiriendo, determinará su conciencia, al igual que la persona, en el reconocimiento que de ella haga frente a sí misma y a los demás. La «Europa material» no necesita más reconocimiento que el físico pero la formal requiere de un ejercicio más complejo al pivotar su eje en la mente del hombre, que la crea por mandato de su propia, exclusiva y soberana voluntad.

Definida y explicada la conciencia europea conceptual, se hace necesaria una aproximación al estudio de las causas o principios que la fundamenten. De una manera somera deben reseñarse al menos cuatro pilares del objeto de este punto de nuestro estudio. A saber: cultural, político, espiritual y material.

El extremo cultural ha sido enfocado con anterioridad al hacer referencia a lo que Cartou identificó con la tradición europea. Grecia informa con su filosofía todo el mundo occidental. La búsqueda de la verdad, la ética, la comprensión del pensamiento del hombre y el humanismo basan, inequívocamente, el espíritu europeo. Ahora bien, no debe confundirse esta comunidad de espíritu con monolitismo o inmutabilidad de los principios. El dinamismo del pensamiento, la variación como sustancia, es reconocida por todos como realidad indubitable. Por ello, no se entiende Europa sin su característica multicultural, diferenciada en matices más o menos importantes, que reposa en la libertad inherente al hombre.

Roma aporta la acción, constituyéndose como el pilar político por antonomasia. La labor de expansión jurídica, política, idiomática y cultural de Roma por los territorios conquistados genera en las mentes el primer proceso serio de conciencia común. Las instituciones

de Roma, transmitidas y adaptadas a los pueblos y sus necesidades, llenaron los vacíos de soluciones durante mucho tiempo, y aun hoy, en el continente. El Derecho Romano, la mejor y mayor aportación de Roma a la historia y al mundo, indican todavía las vías a seguir en las intrincadas y diversas parcelas jurídicas en buena parte de los Estados europeos, perviviendo de forma casi intacta en muchos de ellos.

El cristianismo es la espiritualidad de Europa. El paganismo greco-romano no pudo mantenerse ante la riqueza moral y doctrinal del cristianismo. El convencimiento de los fieles de esta religión hizo de la misma una fortaleza inexpugnable. Esta actitud, junto con los principios de la religión, ha hecho que la Iglesia Católica, paradigma de todas las religiones cristianas, sea la institución más antigua del mundo, con veinte siglos de existencia. El débito de Europa con el cristianismo es elevado; derechos fundamentales, como la igualdad de los hombres, las implicaciones éticas, la secularización del poder político, las primeras tesis democráticas, etc., surgen de esta religión. Por último, el fenómeno alcanza cotas de incalculable valor al descubrimos ante el asidero moral que siempre ha supuesto para nuestro sistema el cristianismo. Desprendido este análisis de los errores de la Iglesia, e incluso de su carácter religioso por la Revelación divina, es mucho lo que ha proporcionado al entendimiento del hombre y del mundo, raíz esencial de la conciencia europea, el cristianismo.

Desde el punto de vista material, nos enfrentamos a una Europa física que, debido a sus características geográficas, ha impulsado formas de colaboración relacionadas estrechamente con estas condiciones. Ha existido por una parte la tensión por la unidad en torno a las fronteras naturales y, de otra, el desiderátum de presentarse como un conjunto fuerte en tal unión, aunque tal deseo es muy posterior en el tiempo al primero. Es este tema el que menos interesa aquí en el sentido de que es más fructífero el estudio y la

comprensión de lo que los hombres hacen para conseguir la unión que analizar el medio físico, como tal, en que esa unificación pretende llevarse a cabo.

A modo de conclusión, podemos afirmar que la conciencia europea es la consecuencia de compartir los valores de la dignidad, libertad e igualdad humanas con un objetivo actual: la unión de todos los que componen Europa, y dan sentido a su conciencia, preservando estos principios como patrimonio común, para la prosperidad en un ámbito de respeto escrupuloso a los derechos humanos y a la libertad.

## LOS PROYECTOS CONTEMPORÁNEOS PARA LA UNIDAD EUROPEA

El siglo XIX ve la luz con el apogeo colonial y los progresos económicos, financieros y técnicos. Todo se concatena y da lugar a una mejora en la calidad de vida del hombre<sup>(15)</sup>. Pero también trae consigo la rivalidad entre los países por la defensa de sus intereses.

La caída de Napoleón arroja dudas sobre el futuro de las políticas en Europa. Surge la necesidad de reestructurar el continente y nacen las primeras formas de cooperación entre los Estados. Es el tiempo del concierto europeo. La Santa Alianza impone, en teoría, la ética de la cooperación, pero en realidad oculta recelos de sus miembros frente a otros; así, Inglaterra contra Francia y Rusia y Metternich contra las nuevas ideas liberales y revolucionarias. De cualquier forma deviene un pactismo, un tanto desarrollado, que procuró una evolución palpable en el Derecho Internacional Público.

La rivalidad, no obstante, se acentuó progresivamente y encespó los ánimos transformándolos en bélicos. La primera guerra mundial destrozó Europa, el período de entreguerras la vio despertar tímidamente, y la segunda guerra mundial, consecuencia lógica del fin de la prime-

ra, terminó de barrer todos los logros europeos, requiriéndose una fortísima reconstrucción del continente<sup>(16)</sup>.

En este contexto, surgen proyectos de unión. Saint-Simon presenta novedades y algunas lagunas en sus ideas. Pretende una unidad europea, fundada en la entente de Gran Bretaña y Francia, no previó la unificación alemana. Sostuvo que Europa debería tener un Parlamento de dos cámaras, con un rey representativo que elegiría los miembros de la cámara alta, mientras que la cámara baja se compondría de miembros de corporaciones de economistas, juristas y técnicos. Los países de la federación mantendrían su autonomía. Rougemont señaló que esta doctrina es el fundamento que inspira las actuales Comunidades Europeas<sup>(17)</sup>.

*Proudhon* no es más original que Saint-Simon. Piensa que los Estados conducen con su rivalidad a la guerra, por tanto la creación federal de Europa eliminaría este peligro. Organizar la sociedad mediante comunas, células de vida en común con un contacto permanente entre las personas, solucionaría según este teórico los problemas que pudieran surgir de la convivencia. La descentralización mediante una Europa «confederación de confederaciones» es la base de su teoría sobre la unidad del continente. Poco elaborada y con profundas lagunas, Proudhon aporta más al anarquismo que a la construcción europea.

Tras la Gran Guerra, en el marco de la Sociedad de Naciones, la idea de la federación europea fue retomada con la obra «Pan-Europa» de *Coudenhove-Kalergi* (1922). Se proponía el abandono consentido de la soberanía de las naciones europeas para crear los Estados Unidos de Europa. Surgió un movimiento, la Unión Paneuropea, cuyo presidente de honor fue Aristide Briand. En 1929, la Sociedad de Naciones encargó a Briand un memorándum sobre el modo posible de organización federal de Europa; este memorándum fue aceptado por los países europeos, salvo Gran Bre-

(15) Sobre todos estos puntos, *vid.* Concepción Aguilera, coordinadora, *op.cit.*, tomo V.

(16) Las causas de las dos guerras mundiales, sus efectos y el período de entreguerras son detalladas en Concepción Aguilera, coordinadora, *op.cit.*, tomo VI. Véase también *Duroselle*, en «Europa, de 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales», traducido en la edición española por Ana Sallés, Barcelona, 1978, en los capítulos V y VII a X, ambos incluidos.

(17) *Vid. Op.cit.*, pág. 201. Supone Rougemont que este sentido práctico informa al funcionalismo de 1951.

(18) En todo lo referente a los proyectos contemporáneos de unión, véase Cartou, *op.cit.*

taña. Ha sido el momento más cercano a la unidad europea, antes de la realización de las Comunidades Europeas actuales, pero se truncó por la escalada de tensión a partir de 1933 que desembocó en la segunda guerra mundial.

El resto de los proyectos se desarrollarían después de la guerra y, superando grandes obstáculos, consiguieron el éxito de las Comunidades Europeas que, hasta hoy, perduran<sup>(18)</sup>.

No hemos querido tratar aquí los proyectos que consiguieron reunir los países europeos en una comunidad. Sin

duda es tema que requerirá una mayor profusión en datos que se adecúen, justa y estrictamente, a esa materia concreta. Hemos desechado también la visión de los proyectos de unidad europea pensados por españoles porque pretendimos separarnos, conscientemente, de lo tradicionalmente estudiado sobre los mismos en España. Sirvan estas notas para aclarar cuáles sean los motivos que nos llevaron a referir los puntos que se trataron en este escrito del modo en que se ha hecho.